

El mar nos tenía en sus manos, podía manejarnos a su antojo¹, endurecer la fuerza de sus corrientes, hostigar al aire para que azotara con fuerza nuestras velas, o para que desapareciese y quedásemos a la deriva. Estaba en todas partes como un dios que dominase la superficie de la tierra. Era imponente su forma de acechar² bajo nuestro casco, era imponente el poder que parecía guardar en su seno, una omnipotencia jamás llevada a su límite. Yo permanecí durante todo el viaje en el extremo de proa, bajo la verga mayor³. A veces me colocaba en el nacimiento del bauprés⁴ y simulaba apuntar hacia mi destino, pero no estaba convencido de que el disparo llegase a ser certero.

En el barco viajaban otras personas, entre ellas el gobernador de una tierra recién descubierta (según sus palabras a aquello se le llamaba conquista); una pareja de mediana edad, que hacía el trayecto en busca de otro futuro; unos cuantos comerciantes llamados por el negocio redondo⁵ que les quitase de hacer viajes tan arriesgados, y la tripulación, cuyo número superaba a los viajeros con creces⁶. El gobernador y yo pudimos hablar. Yo agradaba por mi corrección y aparentes conocimientos, y porque de vez en cuando podíamos echar una partidita de damas⁷, juego de la niñez cuyas reglas guardaba como un tesoro. La conversación

1. **Antojo:** deseo que surge generalmente como resultado de la voluntad, no del razonamiento. Capricho.
2. **Acechar:** vigilar, esperar o perseguir.
3. **Verga:** palo colocado horizontalmente en un mástil, que sirve para sostener la vela.
4. **Bauprés:** palo grueso, aproximadamente horizontal, que sobresale de la proa de los barcos.
5. **Redondo:** en este caso, completo, perfecto.
6. **Superar con creces:** superar ampliamente.
7. **Damas:** juego en el que se usan fichas redondas, blancas y negras, y un tablero de cuadros blancos y negros, y que consiste en hacer perder sus fichas al contrario.

siempre acababa repentinamente, justo en el momento de saltar yo por encima su última ficha. Luego pedía disculpas por su grosería, que yo no veía tan importante, y seguíamos charlando de cualquier cosa. El caso era pasar el tiempo lo más agradablemente posible y, sobre todo, distraído, para que no pesasen tanto las horas del largo trayecto.

El gobernador, con el que como decía pasé muy buenos momentos en aquel viaje, era un hombre de edad avanzada, sabio e idealista, que me trataba muy cordialmente por el hecho de creerme un joven con gran porvenir. Consideraba que lo que había vivido en aquellos años (le hice un resumen muy escueto⁸) habría de facilitarme cualquier plan que proyectase llevar a cabo. Yo le dije que lo mío era la cocina. Que a pesar del desencanto, producido por las desgracias que me habían rodeado en aquel tiempo y que deterioró mi gusto por todo lo relacionado con ella, el poso⁹ que la cocina había dejado en mi vida volvía a brotar con mucho más vigor, como presentándome una nueva posibilidad de labrarme gracias a ella un futuro. Mi compañero de viaje me animaba a ello. Él había empezado a darle vueltas a algo, a la consecución de un proyecto que había estado estudiando durante largo tiempo y en el que ahora entraba yo como una de las partes participantes.

La zona a la que se dirigía era una zona poco explorada. Se encontraba muy cerca de la selva, dentro de ella pero alejada de su corazón, al parecer aún no descubierto debido a lo inhóspito del terreno y a su carácter arisco¹⁰ con los intrusos. Allí lo esperaba una comunidad caracterizada por la igualdad, en número, de indígenas y españoles, pero por la desigualdad en el trato. Sin rodeos¹¹, la esclavitud. El gobernador simplemente haría acto de presencia como representante de la corona y máxima autoridad, no teniendo un papel más relevante que el de establecer con su presencia un mínimo de

8. **Escueto:** breve; no contiene palabras que no son necesarias.
9. **Poso:** señal o resultado que queda de un acontecimiento pasado.
10. **Arisco:** que es rudo o poco delicado en el trato.
11. **Sin rodeos:** de manera directa y clara.